

La Pelicula Selecta

16
LA-SENDA-DEL-DEBER

por

REGINALD DENNY



25

La Película Selecta

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1486 A.

Año I

Barcelona, 25 Abril de 1925

N.º 16

La senda del deber

Adaptación novelesca de la película del mismo título, «joya» marca UNIVERSAL, deliciosa comedia, interpretada por el «as» cinematográfico

REGINALD DENNY

CONCESIONARIOS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**

Valencia, 235 - Barcelona

REPARTO

Roberto Minot	Reginald Denny
Cora Mayrick	Ruth Dwyer
Spencer Mayrick	John Steprling
La tía de Cora	May Wallace
Lord Harry Everbroke	Vm. Austin
Martin Wall.	Jonn McGuire
Manuel González	Fred Malateste
Juan Tracker	Henry A. Barrows
Owen Jephson	Frederick Vroom
Juan Paddock	Vm. E. Lawrence
Gabriela Rose	Dorothy Revier
El Duque de Lismore	Bertran Jhons
La Duquesa de Lismore	Fay Tincker
Enrique Trimer	Hayden Stevenson
Jenkins	Franck Leigh

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

La compañía de seguros «Floyd» era una de las más importantes del mundo.

Su director general, Owen Jephson, uno de los sagaces especuladores en pólizas de seguros, tenía un inteligente colaborador en John Thacker, director de la sucursal de Floyd en los Estados Unidos de América.

Aquella mañana los dos directores, en unión de una tercera persona, discutían en el confortable despacho las condiciones de un original seguro.

—Usted comprenderá, lord, que éste es un caso de riesgo que se separa de todo lo corriente.

Lord Harry Everbroke encontraba exorbitante la prima que se le exigía para la firma del contrato de seguro.

—En resumen—explicó Owen Jephson—; nosotros nos comprometemos a pagar a usted cien mil pesos si sucede algo que impida el viernes próximo su matrimonio con la señorita Cora Mayrick.

—Ese es el caso, señores—dijo lord Everbroke—. Pero van a permitirme que les afirme a ustedes, bajo mi palabra, que estoy locamente enamorado de la señorita May-

rick y que me casaría con el mismo entusiasmo si ella fuese pobre.

—¡Lo creemos!—exclamó con cierta sorna, John Thacker.

—No obstante—siguió el lord—, media la circunstancia de que ella posee una gran fortuna, y... mis acreedores insisten en que yo les proteja con esta póliza.

—Pues, de acuerdo, querido lord. Pero antes de entregar a usted la póliza, ha de firmar usted esta cláusula adicional, que entendemos encontrará justa y razonable. Debemos cubrir nuestra responsabilidad ante los accionistas de la compañía y...

—¡Veamos!—interrumpió Everbroke.

Owen Jephson le alargó un papel que contenía la cláusula aludida:

«Si por cualquier acción u omisión del que suscribe no pudiese efectuarse su casamiento con la señorita Cora Meyrick, cuya ceremonia ha de tener lugar el próximo viernes, día trece, en San Marcos (Florida), todos sus derechos de reclamación contra Floyd serán nulos.»

—No tengo inconveniente en firmar esto, porque procedo de absoluta buena fe y yo sería el más dolorido si el matrimonio no tuviera lugar.

Y lord Harry Everbroke puso su firma al pie del documento.

John Tracker pulsó el timbre.

—¡Que venga el señor dinot!—ordenó al botones que acudió al llamamiento.

Poco después entraba en la dirección de Floyd el requerido, siendo presentado al lord.

—Nuestro agente don Roberto Minot, en quien tenemos toda nuestra confianza, se reunirá con usted en San Marcos con el fin de velar por el cumplimiento de las condiciones del contrato.

Cuando lord Everbroke se hubo marchado, el director general de la compañía recomendó a Minot:

—Ponga todo su celo en este asunto, Roberto. Nuestra compañía está expuesta a perder cien mil pesos si este matrimonio no se lleva a efecto.

—Por mi parte, ya saben ustedes...

—Desde luego, Minot. Conocemos su interés y apreciamos mucho sus buenos servicios.

—Y como prueba de nuestra estimación—añadió John Tacner—hemos querido ofrecerle este modesto recuerdo, en el que queremos vea un reconocimiento a su probidad y desvelos en pro de nuestros intereses.

Y entregaron a Roberto Minot un precioso reloj pulsera en cuyo reverso estaba grabada esta inscripción: «A Roberto Minot por sus fieles y leales servicios.—Floyd's de Londres.»

El obsequiado agradeció el presente y ma-

nifestó que partiría inmediatamente para cumplir la misión confiada.

Era martes, diez, y no faltaban más que tres días para la fecha comprometida, y había que llegar a San Marcos, a veinte millas de distancia.

A la mañana siguiente tomó Minot el tren y, ya instalado en su departamento, se dispuso a aguantar del mejor modo posible el aburrimiento de la monotonía del viaje.

En el mismo tren, y procedente de Jacksowille, adonde había ido para hacer sus últimas compras, regresaba a San Marcos Conla Mayrick, la prometida de lord Everbroke.

La encantadora muchacha se apercibió seguidamente de la muda admiración con que la contemplaba un joven viajero, de aspecto distinguido, guapo y buen mozo. Y, ¡mujer al fin!, se sintió halagada por aquel respetuoso homenaje a su belleza.

Minot encontraba deliciosa a su compañera de vagón y sentía una gran desazón cuando sus ojos se encontraban, casual o intencionadamente, con los de su linda vecina.

—¡Si yo pudiera hablarla!—pensó, y estrujaba su cerebro por encontrar un pretexto de acercamiento.

De pronto, el tren paró bruscamente. Todos los viajeros se apresuraron a inquirir la causa de la detención.

Obstruyendo la vía, doce preciosos lechón-

cillos, recién nacidos, disputábanse por llegar hasta su voluminosa madre, que, tendida a lo largo, estaba bien ajena a la inminencia del peligro.

Los maquinistas se apearon, contemplando con agrado aquel cuadro, sin parecer tener prisa por reanudar la marcha.

Minot, asomado a la ventanilla, exclamó:

—¡El maquinista debe estar celebrando una reunión de familia!

—¡Maldita detención! — exclamó Cora Mayrick con visible malhumor—. No parece sino que haya que esperar que los consejeros se reúnan en junta para decidir si el tren debe continuar.

—¡Paciencia, señorita! —díjole Roberto con la mejor de sus sonrisas.

—¿Cree usted que llegaremos a San Marcos antes de la hora del almuerzo?

—No sé, pero lo dudo. Esta es la parada número catorce desde que salimos de la aguada. De todos modos, voy a enterarme.

Poco después regresaba Minot.

—Me parece que hay para una hora, pues con la rápida frenada se han recalentado las ruedas.

—¡Qué contrariedad!

—Si usted quiere, podemos bajar. Estamos en Villaflores y entretendríamos por ahí el tiempo.

—Eso es lo que yo no puedo hacer —replicó Cora—. Es de absoluta necesidad que

yo esté en San Marcos a la una de la tarde.

—Yo también tengo urgencia de llegar allí, pero, ¿qué le vamos a hacer!

Como dando inesperada solución a su conflicto, un chófer negro, desde su taxi, invitaba a utilizar sus servicios a los viajeros.

Roberto Minot llegó rápidamente hasta el coche e interrogó a su conductor:

—¿Se compromete usted a llegar a San Marcos antes que el tren?

—¡Hombre! ¡Tanto como comprometerme!...

—¡Diez dólares si me lleva rápidamente!

—¿Diez dólares? ¡Embarque, capitán, que la ocasión la pintan calva!

Roberto invitó a Cora Mayrick, que se acercaba en aquel momento, y ambos se acomodaron en el auto, un desvencijado Ford, con méritos más que suficientes para el retiro...

El coche devoraba las distancias, sin moderar la marcha en los terrenos pedregosos y desiguales. Cora y Roberto rebotaban en el asiento, sin poder conservar el equilibrio, dándose continuos encontronazos y cayendo materialmente el uno sobre el otro, a pesar sus esfuerzos por mantenerse en sus puestos.

Al principio los dos muchachos pugnaron por conllevarse en actitud seria y consecuente a su posición de reciente conocimiento, pero la tesitura de aquel accidentado

viaje desató su natural buen humor, que cristalizó en sonoras carcajadas.

—¡Esto es peor que un trapecio!—exclamó Minot.

—¡Me parece que vamos a salir molidos del viajecito!—decía Cora.

Ya en franca camaradería, no cesaron de charlar, comunicándose sus impresiones y dejando traducir sus caracteres e idiosincrasia.

Se fueron mutuamente simpáticos y agradables, a juzgar por la impresión complacida de sus semblantes y un callado deseo de que aquello se alargara lo más posible.

Pero ya San Marcos estaba a la vista. Cora consultó su reloj. La una menos diez.

—¡La suerte me ha sido propicia! ¡Todavía faltan diez minutos para la una!

Al llegar al Hôtel de la Paz, término de su viaje, Roberto preguntó a Cora:

—¿Quiere usted decirme, aunque sea curiosidad, por qué ha querido llegar aquí a la una?

—Para asistir a un almuerzo en el que se anuncia mi próximo casamiento.

—¡Ah! ¿Pero se casa usted?

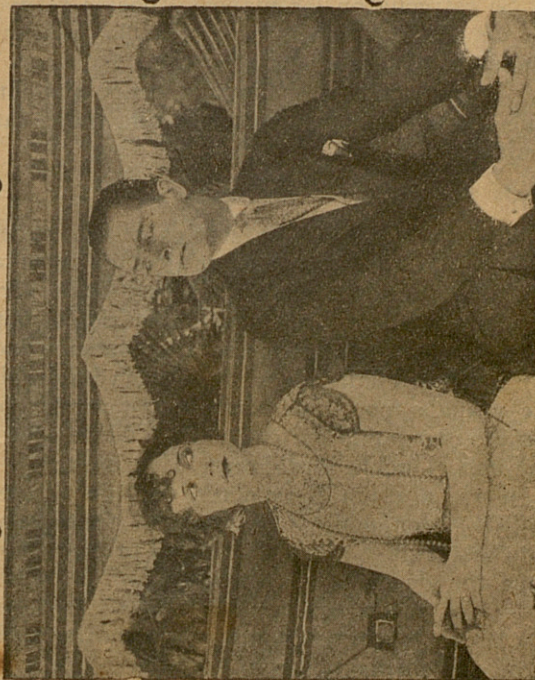
—Sí, señor. Con lord Everbroke.

—¿Harry Everbroke?

—¡El mismo! ¿Le conoce?

—¡Un poco!

Sin saber porqué, se apoderó de Minot un extraño malestar al saber la noticia. Sentía



sinceramente ser él encargado de impedir por todos los medios que la boda se deshiciera.

Se estrecharon las manos. Roberto retuvo la de ella un momento, mirándola intensamente a los ojos.

Aquella mirada y aquella dulce presión fué un poema más elocuente que todas las palabras...

II

Al día siguiente, miércoles y día once, María, tía de Cora, una mujer ya entrada en años, aunque todavía de muy buen ver, y cuya única preocupación había sido llegar a ser la primera figura en la buena sociedad de Detroit, ciudad de su residencia habitual, se afanaba por disponerlo todo para la solemne ceremonia del casamiento de su sobrina con el noble lord Harry Everbroke.

Cora, a quien el recuerdo de Roberto venía obsesionándole a pesar suyo, andaba como distraída y ajena a aquellos preparativos que tan de cerca le afectaban.

—No puedo comprender, Cora—le decía su tía en tono recriminatorio—la indiferencia con que miras tu próximo enlace.

—¿Qué quieres, tía! Estoy pensando si llegaré a ser feliz casada con Harry.

—¿Qué dices, niña? ¡A estas alturas...!

—Mira, no sería de extrañar que todavía cambiara de parecer.

El padre de Cora, un verdadero arsenal de ciencia, cuyas únicas preocupaciones eran el estudio y la administración de su enorme fortuna, escuchó sin inmutarse la diatriba con que María obsequiaba a Cora, tachándola de falta de fundamento, de mujer veleta y de niña malcriada.

—¡Déjala, mujer!—intervino el sesudo varón—. Mucho mejor será que cambie de parecer ahora que de marido después.

—¡Muy bien! ¡No faltaba más que tú le dieras alas!

—¡Bueno!—protestó Cora—. Yo sé de sobras lo que debo hacer... ¡y los sermones para Cuaresma! ¡Abur!

Y dejó a su tía con la réplica en la boca.

En el hall del hotel encontró a Roberto Minot sentado displicentemente en un sillón, apoyada la cabeza contra el respaldo y siguiendo con la vista las azules espirales del cigarrillo...

Al verle en aquella actitud, la fina perspicacia de la mujer anunció a Cora un halagador presentimiento.

—¡Me ama!—pensó con íntimas volup-tuosidades.

—¿Pensando en alguien ausente?—saludó la bella muchacha a su casual compañero de viaje.

—No; soñando con alguien presente—contestó intencionadamente Roberto—. Y usted, ¿no sueña?

—¿Yo? Mi tía María se encarga de soñar por mí.

—¿Es que usted no tiene voluntad?

—En ciertos momentos, me dejo llevar. Ella es la que ha negociado todos mis compromisos matrimoniales.

—¿Todos?

—Sí; todos los que he tenido hasta ahora.

—Y Cora miró a Minot de una manera significativa.

Roberto percibió los latidos acelerados de su corazón, que cantaban en su pecho una canción de vida...

Al lado de aquella mujer deliciosamente sugestiva, sentía irresistibles atracciones, que pugnaban por traducirse en una franca manifestación de sus sentimientos.

—¿Puede usted decirme qué hora es?—interrogó a su bella amiga.

—Mi reloj marca las once.

—¡Gracias! Tengo tiempo sobrado.

Roberto, mientras se hacía la hora de ir a esperar a lord Harry Everbroke, que debía llegar aquel día, se dispuso a pulsar el corazón de Cora para conocer la medida de sus sentimientos respecto a su prometido.

Mecánicamente miró a su reloj para comprobar la hora, y un recuerdo penoso vino a ensombrear su alma. El había ido a San Marcos en cumplimiento de un deber y había estado a punto de faltar al mismo y comprometer su misión. ¿No llevaba el en-

cargo de impedir por todos los medios que se deshiciera la boda de Cora con el noble lord? ¿Cómo entonces se disponía a declarar a la prometida de Harry los sentimientos que le había inspirado?

Levantóse con desperezo y se dispuso a marchar.

—Perdone, Cora, que la deje. Pero tengo que ir a recibir a lord Everbroke hoy, que, como usted sabe, está para llegar y antes tengo que hacer unas diligencias. ¿Hasta luego?

—¡Hasta luego!

Al despedirse, sus miradas reflejaron una íntima melancolía. Sus dos corazones latían por la fuerza de un mismo y callado impulso...

A la recepción dada por los Mayrick en honor de lord Harry Everbroke acudió lo más selecto de la ciudad. La tía María se desvivía por hacer los honores, poniendo en su cometido las máximas atenciones de la más escrupulosa etiqueta.

En unión del lord, había llegado Martin Vall, individuo cuya verdadera personalidad nadie conocía, pero que era recibido en todas partes, franqueándosele las puertas de los más aristocráticos salones.

Cora apareció deslumbrante de belleza, luciendo el famoso collar de los Mayrick, heredado de sus antepasados.

Para todos tuvo una frase amable o un

gesto afectuoso, deteniéndose a conversar con Minot, que estaba hablando animadamente con Juan Paddock, antiguo amigo suyo, que había ido a pasar el invierno en Florida, hospedándose en el Hotel de la Paz.

En aquel momento Paddock decía a Roberto:

—Cora es una excelente muchacha y hay que suponer que Everbroke no será uno de esos cazadotes que tanto abundan.

—¿Qué se murmura?—saludó Cora a los amigos.

—¡Recordando nuestra juventud! Muchas veces se goza más viviendo de recuerdos que de realidades—contestó Minot.

—¡Es cierto! Pero también suele suceder que somos nosotros mismos los culpables de esas realidades, por nuestra dejadez o por nuestras cobardías...

—¡A ver! ¡A ver!

Roberto se acercó a la gentilísima muchacha y volviéndose a Juan Paddock, le hizo un gesto significativo.

—¡Con tu permiso!

Y se alejó con Cora. Salieron al jardín y se sentaron a la sombra de un seto vivo. Apenas habían cambiado unas frases, cuando Cora se levantó dando un agudo grito: ¡El collar que llevaba en su garganta había desaparecido!

Minot, acompañado por lord Everbroke y

el padre de Cora, enterados de la sustracción, dieron una infructuosa batida por los alrededores en busca del ladrón de la valiosa joya.

Ya de vuelta al hotel, el padre de la prometida de lord Harry indicó a sus compañeros:

—Encargaremos a la policía de investigar esto, pero sin darle publicidad.

—¿Pero quién ha podido ser? ¿No conoce usted a todos sus invitados?

—Creo conocerlos, señor Minot, y no acierto a sospechar quien sea el audaz.

—No hay, pues, más que esperar...

—¡Esperemos!...

III

—Deseo habitación para lord Everbroke. Yo soy Enrique Trimer, su secretario particular.

El gerente del Hotel de la Paz miró con sorpresa al recién llegado, contestando a su petición:

—Ese señor está ya hospedado aquí.

—No es cierto—exclamó casi con indignación Enrique Trimer—. El verdadero lord Everbroke acaba de llegar conmigo.

Manuel González, editor, director y propietario del diario local *El Correo de la Tarde*, que asistía a la entrevista, intervino en la conversación.

—El que está aquí—dijo—es Harry Everbroke, hijo del conde de Starrebrook.

—En el mundo no hay más que un lord Everbroke, y ese soy yo—exclamó, llegando el acompañante de Trimer.

El prometido de Cora Mayrick, que oyó las últimas palabras, protestó :

—¡Eso es absurdo! Yo soy lord Everbroke.

—Ya se lo contará usted al juez—sentenció Trimer—cuando le lleven a su presencia.

Avisado Spencer Mayrick de aquella dualidad, acercóse al novio de su hija, diciéndole con gesto huraño :

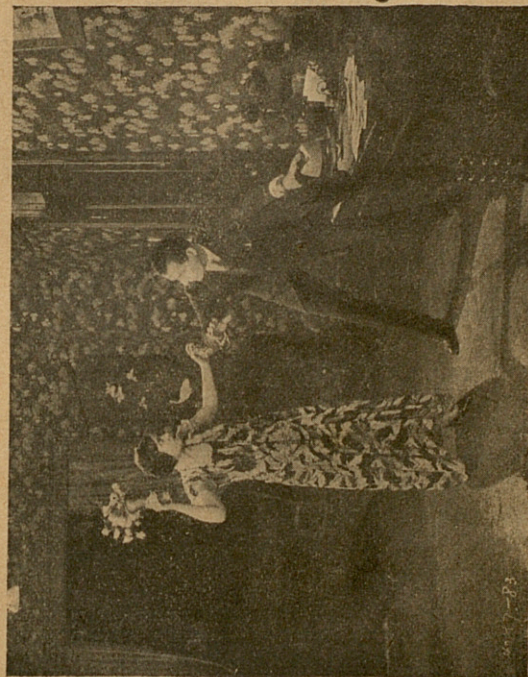
—Es preciso aclarar este embrollo. Si usted no puede probar su identidad, no hay boda.

Roberto Minot sufrió una gran contrariedad al enterarse de la ocurrencia. Aun convencido de la identidad del asegurado en la Floyd, compañía de seguros de Londres, aquello suponía un posible desarreglo del matrimonio, la defensa de cuya celebración le estaba encomendada.

—Dígame, ¿qué piensa usted hacer?—preguntó visiblemente inquieto el prometido de Cora.

—Esté usted tranquilo—respondióle Minot—. Es de mi incumbencia el aclarar esto, y lo aclararé.

Llamó entonces a Martín Vall, el insepa-



rable del Lord, requiriendo su colaboración.

—Usted, que es amigo del lord, ¿quiere ayudarme?

—Deje el asunto por mi cuenta.

Y pocas horas después regresó, diciendo:

—¡Ya está todo listo! El homónimo del lord está a buen recaudo.

Como si lord Everbroke no estuviera bastante preocupado con la inaudita aparición del que ostentaba su propia personalidad, recibió, estando en el *hall*, una esquila cuya lectura le causó gran desazón.

—¿Qué le pasa a usted?—inquirió Minot, al darse cuenta de la nerviosidad de Harry.

El lord le alargó la misiva que acababa de recibir.

—Es de Gabriela Rose, una actriz de Londres con quien hace un par de años mantuve ciertas relaciones... Esta criatura encantadora se encuentra aquí y me amenaza con entablar querella por incumplimiento de promesa de matrimonio.

—Pero, lord, usted es el hombre de las complicaciones...

—Me pide cinco mil dólares por su silencio. Pero entregué a ustedes el último centavo para pagar su póliza de seguro. ¿Qué hago?

—Bien; déjeme usted también a mí el asunto. Mañana sabrá usted lo que he resuelto.

Dirigióse entonces Roberto a la Central

de telégrafos y depositó en la ventanilla estas líneas:

«Floyd-New York.—Cablegrafien Londres pidiendo informe Gabriela Rose. Urgentísimo.»

Al día siguiente, jueves y víspera del señalado para la boda, recibía Minot la respuesta esperada. Presentóse en el cuarto de Gabriela Rose, a la que dijo sin preámbulos:

—Vengo por el asunto de lord Everbroke.

—¡Ah! ¿Viene usted a traerme el dinero? ¡Qué bueno es Harry! Jamás me negó nada.

—No; vengo a leerle a usted este telegrama.

Y Gabriela escuchó con sorpresa y decepción:

«Roberto Minot.—San Marco (Florida).—Gabriela Rose casó en 1920 y no se ha divorciado.—Floyd.»

—Es evidente, pues—prosiguió Roberto—, que estando usted casada carece de derecho alguno para entablar la querella con que amenaza a Everbroke.

La actriz no sabía qué contestar. Roberto continuó implacable:

—Y ahora, hágame el favor de eclipsarse si no quiere que dé cuenta a la policía de este intento de *chantage*.

Entretanto, Everbroke, temeroso de la amenaza de Gabriela, se preocupó de solucionar por su parte la para él terrible disyuntiva. Fué en busca de Martín Vall, a quién preguntó:

—¿Puede usted dejarme cinco mil dólares?

—Según y como—contestó Vall—; si me da usted garantías...

—Puedo ofrecerle esta póliza.

Martín Vall leyó detenidamente las condiciones del seguro que aquélla rezaba y viendo un posible negocio respondió:

—Muy bien. Yo le presto el dinero. Haga el favor de endosarme la póliza del seguro.

Al encontrar más tarde a Roberto Minot, exclamó alborozado:

—Estoy de buenas. Me han prestado el dinero necesario par comprar el silencio de esa víbora de Gabriela Rose.

—Ha dado usted un sablazo inútilmente, querido lord, pues este asunto lo acabo de dejar solventado y esté bien tranquilo: Gabriela no hablará.

Poco después estaban reunidas varias personas en uno de los saloncitos del Hotel de la Paz, comentando las incidencias a que daba lugar la presencia de aquel personaje que ostentaba la personalidad de lord Everbroke. Spencer Mayrick apenas intervenía en la concurrencia, muy preocupado por aquellas anomalías que comprometían el

porvenir de su hija. Roberto y Cora cambiaban lánguidas miradas que reflejaban íntimos sentimientos, temerosos de manifestarse en toda su franca espontaneidad. Juan Poddock, el íntimo de Minot, movía la cabeza significativamente al darse cuenta de aquella mutua atracción que no acaba de fructificar en una clara correspondencia, y Martín Vall se paseaba con Harry Everbroke, frotándose satisfecho las manos y con gesto de hombre feliz...

—Nada, esté usted bien tranquilo respecto al falso lord—dijo Martín en voz alta—; está bien seguro a bordo de mi yate.

En aquel momento entrab Enrique Trimmer que con ademán imperativo intimó a Vall:

—Exijo que me diga usted porqué razón y con qué derecho ha sido secuestrado lord Everbroke a bordo de su yate.

—Pues por la sencilla razón de que ese señor del que usted se titula secretario, es un impostor.

—El impostor es ese caballero—. Y señaló al prometido de Cora, al que preguntó seguidamente—: Usted insiste en que es el verdadero lord Everbroke. ¿Puede usted probarlo?

—Si él dice que yo no soy el verdadero lord Everbroke, que pruebe él que lo es.

—¡Eso es una argucia de mal jugador! Voy a denunciar el hecho a la justicia. ¡Doy

a usted dos horas para que salga de la ciudad!

El padre de Cora, que ya no sabía qué pensar de todo aquello, anunció solemnemente:

—El casamiento queda suspendido, a menos que usted pruebe que es Harry Everbroke.

Paddock se acercó entonces a Minot y le dijo al oído:

—Te veo muy preocupado. ¿Qué te pasa?

—Que cada día estoy más prendado de Cora y que mi deber me impide hacer ni decir nada. La compañía...

—¡Qué deber, ni qué compañía, ni qué ocho cuartos! Para todo hombre el mayor deber y la primera obligación es no despreciar a la mujer que le ama. ¡Y que Cora está por ti no hay ciego que no lo vea! A la menor insinuación tuya, ¡adiós lord Everbroke!... Créeme; para ti no debe haber más compañía que la de ella... Es la más agradable y la más segura...

—¿Cómo está usted, señor secuestrador?

—saludó Cora, acercándose a los amigos.

—¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

—Nada, hombre. No ponga esa cara, Roberto... Lord Everbroke me ha explicado las proezas que ha hecho usted para que nuestro matrimonio no se frustrara... Se lo agradezco mucho—y el tono de las palabras de Cora revelaban una íntima amargu-

ra. Añadió:—Usted quiere mucho a mi novio, ¿no es cierto?

—Sí... sí, señora... me es muy simpático—contestó Roberto a tropezones...

—¿Y usted cree que Harry podrá probar su identidad antes de mañana?

—¡Qué sé yo! Hay cosas que ni aun con los mayores esfuerzos llegan a realizarse.

—Y, en cambio, hay otras que se realizan salvando todos los obstáculos... cuando hay voluntad.

Y, sin esperar la respuesta, Cora abandonó la compañía de los dos amigos.

—¿Lo ves?—dijo entonces Paddock al preocupado agente de la Floyd—. Con el deber, la obligación y esas zarandajas, estás destrozando el corazón de esa muchacha.

—No me martirices tú también, Juan. No puedo sustraerme al imperativo deber. He de procurar sacar al pobre lord del apuro en que se halla...

Como respondiendo a un conjuro, cruzó la estancia el nombrado, exclamando a grandes voces:

—¡A la estación del Oeste! ¡Pronto!

—¿Qué? ¿Qué dice? ¿Que se va?—dijo Minot estupefacto.

—¡Mejor, hombre! ¡A enemigo que huye, puente de plata!...

Al ir lord Everbroke a la dirección del Hotel para pedir recado de escribir, había

oído como un empleado decía al administrador :

—Los duques de Sismore telegrafían desde Miami que se les reserve habitación. Llegarán uno de estos días.

Aquella noticia fué la que motivó la repentina decisión del lord de dirigirse a la estación sin pérdida de tiempo.

Roberto acercóse a Cora y con muestras de extraña gitación la habló :

—¡ Se ha marchado ! ¿ Sabe usted ? ¡ Huye !

—Sería la mujer más ciega si no me hubies dado cuenta del ridículo papel que ha estado usted haciendo.

—Pero, ¿ no comprendes, Cora ?—insistía Minot, obsesionado por un pensamiento que iluminaba su vida—. Ese hombre se ha marchado, se ha marchado para no volver... y para bien nuestro...

—¿ Qué dice, Roberto ?

—Por lo que más quieras, no pienses mal de mí hasta que pueda darte explicaciones. Déjame que te vea mañana y yo te explicaré todo lo sucedido... y sabrás perdonarme y comprenderme...

—Bien ; accedo a hablar con usted por última vez mañana viernes, en el *hall* del hotel, a las once de la mañana.

Roberto, jubiloso con aquella promesa, regresaba al lado de su amigo, contando maquinalmente con los dedos :



—¡Cinco y cinco son diez y uno, once!
—¿Qué andas murmurando? Son las cinco y media.

—No, ¡las once! ¡Ella dijo a las once!...

IV

Y llegó el viernes, día trece, fecha decidida para el matrimonio de Cora y lord Harry Everbroke.

A las once en punto apareció la gentil muchacha en el *hall* del hotel, donde desde media hora antes la aguardaba Roberto.

—Salgamos por la puerta de servicio—invitóle Cora.

Pero en esto entraba ya lord Everbroke, acompañado de los duques de Lismose. La duquesa, hija de un fabricante de Detroit y antigua conocida de la familia Mayrick, se dirigió al encuentro de la prometida de Harry.

—¿Qué?

—Sí, querida. El duque, mi esposo, es un antiguo amigo de lord Everbroke. Cuando Harry supo que nosotros estábamos en Miami, vino a rogarnos que llegáramos aquí para acreditar su personalidad.

Poco después comparecía el falso lord con su secretario. El duque lo reconoció seguidamente.

—Vaya, Jenkins; me parece que esa es demasiada elevación para un criado.

—Señor; yo creía que aquí, con tantos nuevos ricos, podría pasar por un noble. Perdónenme y permitan que les presente al señor Trimer. El creyó lo que le dije y ha estado suministrando los fondos.

—¡Ah, granuja! Eso ya lo explicarás a la policía—exclamó el pobre secretario, arrastrándolo hacia fuera.

—¡Ahora creo que ya no habrá ningún inconveniente para el casamiento!—suscitó el lord.

Cora bajó la cabeza en señal de forzado asentimiento.

Entre tanto Martín Walls, pensando hacer su negocio con la póliza de seguro que le había endosado lord Everbroke, fué a visitar al director de *El Correo de la Tarde*.

—Si usted publica este artículo en su diario, le doy mil dólares.

«El noble arruinado y la heredera millonaria o la manera de hacerse rico.—Una póliza de cien mil dólares a cobrar por el novio si no se efectúa el casamiento.—Sus aseguradores encargan al agente Roberto Minot para que vigile a lord Everbroke...»

—¡Acetpado!—dijo Manuel González, y mandó imprimir seguidamente diez mil ejemplares con el artículo aludido.

El director del diario pensó, a su vez, sacar partido de la sensacional noticia y se dirigió en busca de míster Mayrick.

—Tengo diez mil ejemplares que, si us-

ted no lo impide, serán puestos a la venta inmediatamente.

—Y, ¿cómo he de impedirlo?

—Es de gran interés para usted saber que la propiedad de *El Correo de la Tarde* está en venta.

El padre de Cora entendió la indirecta.

—¿Cuánto?

—El precio es sólo de veinte mil dólares, y, como propietario, usted puede suprimir la edición de hoy si así lo desea.

Al ver la desvergüenza de aquel hombre, Mayrick sintió deseos de castigar al malvado. González entendió el gesto irritado y lo atajó diciendo:

—Tengo gente vigilando. Si algo me sucede, la edición completa estará circulando dentro de cinco minutos.

—Bueno, vamos a su redacción y allí cerraremos trato.

En un saloncito contiguo, Roberto Minot, sin poder contener por más tiempo su pasión, declaraba a Cora sus entimientos.

—Cora; yo te amo, y ninguna fuerza humana podrá separame de ti.

El idilio fué interrumpido por la presencia de Mayrick y de Manuel González. Este quería decir algo al primero, pero el padre de Cora, rechazaba airado.

—Luego, en la Redacción hablaremos.

Minot, sorprendido, dijo entonces a su bella pretendida:

—Van a la Redacción de *El Correo de la Tarde*. Algo sucede. Voy allá también.

Al llegar al periódico, Mayrick exclamó:

—¿De modo que este montón de papeles, buenos para el trapero, me cuestan veinte mil dólares?

González esbozó un amplio gesto de asentimiento.

—¡Vaya, hecho! ¡Tome usted! Y lárguese de aquí, señor González.

En esto, entró Martín Wall, quien al ver a Mayrick allí comprendió la jugada del desaprensivo director.

—¿Con que haciéndome traición? ¡Canalla!

Y se arrojó sobre González, sosteniendo ambos un formidable cuerpo a cuerpo.

Roberto Minot, al llegar, se apercibió de la lucha, contemplándola apoyado estoicamente en el quicio de la puerta. Sus ojos tropezaron con las grandes titulares del diario. Al enterarse del infame artículo, se reveló todo su ser y dirigióse a los que luchaban. Minot era un muchacho fuerte y del primer puñetazo tumbó por tierra al ex director del periódico.

—¡Ha sido un golpe de efecto! ¿no? —exclamó—. ¡Pues aun guardo otro!

Y la emprendió contra Martín Wall, atizándole dos directos.

—¡Uno para cada ojo!

A los pocos minutos, los dos cómplices de

la infame maniobra estaban fuera de combate.

Cora que, impaciente por saber lo que sucedía, se dirigió también a las oficinas del diario, enteróse del artículo que tantas incidencias estaba produciendo.

Al verla, Roberto salió a su encuentro.

—Siento muchísimo lo sucedido, pero yo te amaré siempre.

—Ahora comprendo su papel equívoco y ambiguo. ¡Usted no es más que un policía al servicio de una compañía de seguros!

El desprecio hirió en lo vivo a Roberto, que se limitó a exhalar un suspiro de desaliento.

—¡Por lo menos usted tiene el consuelo de cobrar la póliza!—dijo después Cora a lord Everbroke, testigo mudo de aquella última escena y que, enterado de todo, se encontraba en actitud de derrota.

—¡No, señor, no la cobrará!—exclamó Wall—. ¡La póliza me fué endosada a mí!

Roberto, en su papel de agente, intervino entonces, dirigiéndose a Cora:

—Usted ha decidido no casarse con lord Everbroke porque el asunto de la póliza se hizo público. ¿No es cierto?

La muchacha hizo un gesto afirmativo.

—El documento firmado por usted, lord, dice terminantemente que si por cualquier acción u omisión suya no pudiera realizarse el casamiento, todos sus derechos de recla-

mación contra la Compañía serían nulos. El mero hecho de haber endosado usted la póliza a Wall hace su existencia pública y esta acción anula el documento.

Unos policías entraron de improviso en la estancia, colocándose a uno y otro lado de Martín Wall.

—Hemos encontrado este collar y otras muchas joyas en la habitación de este individuo. ¡Queda detenido!

V

El día siguiente, sábado, fué un día triste par Cora Mayrick y Roberto Minot.

Un deseo irresistible de huir de San Marcos hizo que ambos, sin ponerse de acuerdo, cogieran el tren para regresar a la capital.

—¡El tren ha descarrilado!—oyóse gritar de pronto.

—¡Villaflorida otra vez! ¡Parece que tiene *jettatura*!—exclamó Minot.

Al divisar al chófer negro que en otra ocasión, de imborrables recuerdos, le condujo en su viaje delicioso, dirigióse a su encuentro con la impedimenta del equipaje.

—¿Quier usted llevarme a escape por cojer el enlace del tren expreso?

El chófer le reconoció, aceptando el viaje.

—¡Pues, adelante!

Pero al ir a subir, apercibió a Cora que

se dirigía hacia allí, seguramente con la misma pretensión.

—¿Usted aquí?

—¡Roberto!

—¿Acepta usted hacer el recorrido en mi compañía?

Cora fingió una indecisión que no sentía, pero Roberto la cogió suavemente por el brazo y la obligó a subir.

Al principio, fueron mudos, pero Minot, al contacto de la mujer amada, no pudo contenerse :

—¡Cora!

—¿Qué?

—...¡Esto!...

Y, rodeándola por la cintura, la atrajo violentamente hacia sí y puso un beso en los rojos labios de la gentil mujercita.

FIN

En el próximo número, correspondiente al sábado, día 2 de Mayo, se publicará la adaptación novelesca de la grandiosa película, interesantísima comedia dramática

LOS DOS HERMANOS

interpretada por los conocidos actores de la pantalla

Owen Moore y Sylvia Breamer

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción :
2'50 pesetas
trimestre

con derecho a un elegante álbum de música
GRATUITO con las 16 composiciones más popu-
lares de la temporada

■ ■ ■

EDITORIAL PEGASO
Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.
BARCELONA

Imp. GARROFÉ. — Villarroel, 12 y 14.